

completa de los ducados y su organizacion en Estado independiente, formando parte de la federacion alemana. Así es que muy poco éxito tuvo la proposicion de la division del Schleswig, segun la limitacion formada por la lengua y por otras condiciones que á él se referian. Además de que los ducados se mostraban poco favorables al proyecto y persistian en su antigua divisa: «Para siempre independiente es,» no se podian entender sobre la línea de demarcacion, y un plebiscito, tal como Beust le proponia y tal como la Francia lo deseaba, estaba demasiado fuera de los intereses y de la manera de ver de las grandes potencias de Alemania. En presencia de la repugnancia evidente de Dinamarca, que contaba con el apoyo de Inglaterra, en aceptar toda combinacion en relacion con el derecho y con el estado de las cosas, la esterilidad de más largas discusiones se hizo clara para todo el mundo. La conferencia se separó y se reanudaron las hostilidades. Las esperanzas dinamarquesas, con motivo de los socorros ingleses, eran engañosas: ni la influencia de la esposa del príncipe de Gales, Alejandra, princesa de Dinamarca, que con un celo apasionado defendía la causa de su pueblo y de su padre, ni las amenazas é injurias que resonaban en la prensa, en el Parlamento y en los meetings populares, no pudieron decidir al ministerio Palmerston-Russel á una intervencion armada en la guerra extranjera.

La nueva campaña tomó rápidamente un giro poco favorable á los dinamarqueses. En la noche del 28 al 29 de Junio de 1864, el príncipe Federico Carlos, que habia reemplazado en el mando en jefe al general Wlanger, elevado á la dignidad de conde, se dispuso á atacar á Alsen, expedicion que no era ménos atrevida que el asalto de los reductos de Duppel. En medio del más profundo silencio las tropas pasaron en lanchas el Sund de Alsen, en frente de Arukielsbere, desembarcaron en medio del fuego violento que los dinamarqueses dirigian sobre ellos desde sus baterías y reductos, y se dirigieron sobre Ulkebull, en donde el general Steinmann habia concentrado las fuerzas dinamarquesas. Siguiéron nuevos refuerzos, y el buque acorazado *Rolf-Krake*, impedido por las baterías prusianas de la costa, no pudo sino muy debilmente contrariar su desembarque. Recha-

zados á Kjaer por los prusianos con grandes pérdidas, los dinamarqueses se volvieron hácia el Sur y se replegaron, despues de haber incendiado la pequeña ciudad de Sonderburgo, hácia Hoerup-Haff para ganar la isla fortificada y casi inaccesible de Kehenis; pero habian ya perdido hasta tal punto la confianza en una salida feliz, que en la noche siguiente pasaron con algunos cañoneros á la isla de Fionia, de suerte que el 1.º de Julio los prusianos tomaron igualmente posesion sin resistencia de la península de Kehenis, encontrándose así dueños de toda la isla de Alsen. Las pérdidas de los dinamarqueses eran considerables; no solamente más de 4.000 hombres, entre ellos 79 oficiales, fueron muertos, heridos ó prisioneros, sino que como Alsen era el almacén general de las provisiones y del material de guerra, los prusianos recogieron un inmenso botín.

Los sucesos en la Jutlandia tuvieron un desenlace análogo. Cuando el general dinamarqués Hegermann-Lindencrone, que debia defender con cerca de 5.000 hombres el norte de la Jutlandia, cortado por bahías y profundos golfos, supo la toma de Alsen y la llegada del ejército austro-prusiano por Skive y Aalborg, hizo embarcar sus tropas y su artillería en Frederikshavn para Seeland, y abandonó el continente al enemigo. Sin obstáculos los prusianos, llegaron hasta Skagen, el punto más septentrional de la península cimbria, mientras que los austriacos pasaron el Simfjor y tomaron posesion de la isla fértil de Mors (Morsoe) y de la ciudad de Nykivebing. El Ottesund, que desde el reinado del gran emperador, no habian tocado los ejércitos alemanes, fué pasado por algunos guerreros venidos del Danubio, y en Thisted se vió flotar la bandera austriaca. En la misma época la escuadra austriaca se apoderó de las islas de Romoe, Sylt, Amronz, Toehr, etc., obligó á capitular al capitán de navío dinamarqués Flammer, al que se apellidaba «el tirano de Sylt,» á causa de su odio contra todos los alemanes, á pesar de sus astucias y artificios, que favorecia su profundo conocimiento de las localidades, y se apoderó de sus navíos y de su tripulacion, que por mucho tiempo habia sido el terror de las islas y de las costas orientales (Julio de 1864). Estos desastres y pérdidas sucesivas doblegaron la pertinacia de los dina-

marqueses. Un desembarque en Fionia ó en Seeland era una cosa posible desde que con la llegada de la flota austriaca los aliados podian disponer de una marina respetable, y que ningún socorro podian esperar por parte de Inglaterra. El rey Cristian IX tomó el partido de tratar de paz, entablando negociaciones directas con Austria y Prusia.

La destitucion del ministerio ultra-nacional, del obispo Monrad, fué la introduccion de un armisticio prolongado, durante el cual, los plenipotenciarios de los tres Estados beligerantes, debian discutir en Viena las bases de la paz. En su consecuencia, el 20 de Julio se suspendieron todas las hostilidades por mar y por tierra, y las conferencias de Viena se encargaron de la tarea difícil de buscar una solucion pacífica.

La Confederacion alemana no fué convocada para estas conferencias; esta falta de consideracion y la conducta arbitraria de los prusianos en Rendsburgo, en donde, á causa de algunas disputas entre los soldados prusianos y las tropas federales del Hannover y de la Sajonia, el general en jefe Federico Carlos hizo ocupar la fortaleza y obligó al general federal, De Hake, á retirarse, acentuaron la desavenencia que ya existia entre la Confederacion y las dos grandes potencias. Desde entonces la desconfianza contra la Prusia, de quien se sospechaba que habia formado el concepto de anexionar los ducados, ó al ménos colocarla bajo una especie de protectorado, tomó mayores proporciones. Sin embargo, no se tomaba en Francfort ninguna decision en la cuestion de sucesion; al contrario, se invitó al gran duque de Oldemburgo, como en otro tiempo se habia hecho con el duque de Augustemburgo, á que probara sus pretensiones hereditarias con un documento genealógico, porque se habia igualmente presentado como pretendiente, apoyando sus propios derechos en aquellos que por cesion habia recibido de la casa reinante de Rusia, con la cual habia emparentado. Los preliminares de la paz, sobre los cuales los plenipotenciarios de Dinamarca, de Austria y de Prusia estuvieron de acuerdo desde el 1.º de Agosto, y sobre cuyas bases se celebró la paz el 30 de Octubre, no eran á propósito para hacer disminuir ó desaparecer las sospechas. Sin contener acerca de la

suerte futura de los países ocupados ni una decision, ni aun una indicacion, los artículos del tratado de paz estipulaban simplemente que el rey de Dinamarca renunciaba en favor del rey de Prusia y del emperador de Austria todos sus derechos sobre los ducados de Schleswig, de Holstein y de Lauenburgo, y se comprometia á reconocer las medidas que en lo sucesivo tomaran estos soberanos con respecto á dichos ducados; determinaban más lejos cómo debia trazarse la frontera entre el Schleswig y la Jutlandia, cómo debian ser compensados los territorios, cuáles eran las islas que pertenecian al Schleswig y que estaban comprendidas en la cesion, y finalmente, cómo debian repartirse la deuda pública y la indemnizacion de la guerra, y cómo debian pagarse los daños y perjuicios á los navíos capturados. Con la conclusion de la paz de Viena empezó para los ducados un nuevo período de su historia. Cualesquiera que fueran las críticas que suscitó un tratado que creaba para los ducados un condominio, un doble gobierno solidario de las dos grandes potencias, y admitia como reales los derechos del rey de Dinamarca sobre los ducados, lo cual la Alemania habia tanto tiempo contestado y lo que daba á esta guerra el carácter de una guerra de conquista, sin embargo, esta guerra y esta paz habian dado un inmenso resultado: el grito de tristeza de la poblacion alemana: «Separacion de Dinamarca,» se habia dejado escuchar. La nacion alemana podia ahora tomar por divisa esta frase: «¡Guarda fielmente lo que con trabajo has ganado!»

CAPÍTULO XX.

El gobierno de Julio (1830-1848).—Establecimiento del gobierno de Julio.

Luis Felipe I se consagró desde luego á asegurar su poder y á constituir su gobierno. Como principio de política exterior adoptó la paz y la alianza inglesa; como principio de política interior, la observancia de la carta, el justo medio entre los partidos, la satisfaccion de los intereses materiales y el predominio dispensado á la industria y al comercio. Fué el rey de la nobleza, el soberano constitucional á la manera de los principios de 1789. *El rey reina y no gobierna*, era la máxima de antemano establecida; pero no por eso el rey de los franceses dejaba de procurar ejercer su influencia perso-

nal por medio de sus ministros, de tal suerte, que el soborno ó corrupcion por los puestos, por los honores, por favores de todas clases, llegó á ser para él un medio de obrar sobre el cuerpo electoral, que no contaba apenas más que doscientos mil miembros que pagaran 200 francos de contribucion; era preciso pagar 500 francos para ser elegibles.

El primer ministerio de Luis Felipe, constituido el 11 de Agosto, se compuso de los hombres que habian estado á la cabeza de la oposicion liberal en tiempo de la restauracion, y que habian tenido la habilidad de confiscar la revolucion en provecho del duque de Orleans. Dupont (del Eure), fué ministro de Justicia; el general Gerard tuvo la cartera de Guerra; M. de Broglie, la Instruccion pública y los Cultos; M. Guizot, el Interior; el baron Louis, Hacienda; el conde Molé, Negocios Extranjeros; el general Sebastiani, Marina; Lafitte, Casimiro Perier, Bignon y Dupin el mayor, eran ministros sin cartera; M. Odillon Barrot, fué prefecto del Sena; Lafayette, comandante general de las guardias nacionales de Francia. Este ministerio no tardó en ser modificado (2 de Noviembre), saliendo de él Dupont (del Eure), al mismo tiempo que los señores Guizot, de Broglie, el baron Louis y el general Gerard, y Lafitte fué presidente de un ministerio, en el cual M. de Montalivet ocupó la cartera del Interior, el mariscal Soult la de Guerra, el mariscal Maison la de Negocios Extranjeros. Desde los primeros meses, Luis Felipe inauguraba el sistema por el cual debilitaba á unos personajes por medio de otros y contrapesaba las influencias, á fin de hacer prevalecer sus ideas personales y mantenerse en equilibrio entre los partidos. El título de general en jefe de las guardias nacionales de Francia fué suprimido á fines de Diciembre, por lo cual Lafayette presentó su dimision, entrando desde luego en las filas de la oposicion.

Muchas dificultades se presentaban ante el gobierno. Se necesitaba, en primer lugar, hacerse reconocer por las potencias, lo cual consiguió Luis Felipe adulando á Inglaterra, humillándose ante Rusia y manifestando al Austria que él era la Francia, la única barrera que se oponia á la explosion del espíritu revolucionario. Al mismo tiempo, el misterioso asesinato

del duque de Borbon (27 de Agosto), padre del duque de Enghien y el último de los Condé, que dejaba su fortuna al duque de Anmale, uno de los hijos de Luis Felipe, hizo concebir sobre el rey mismo algunas sospechas, que el tiempo debilitó, sin conseguir disparlas de una manera completa. Vino despues el procesc formado contra los cuatro ministros signatarios de las ordenanzas de Julio, Polignac, Peyronnet, Gernon-Ranville y Chantelauze. El pueblo pedia la cabeza de estos cuatro hombres; Luis Felipe hizo todos los esfuerzos posibles para salvarles, siendo noblemente secundado por Lafayette, por M. de Martignac y por M. Saucet, abogado de Lion, que desde entonces se dió á conocer ventajosamente. Los ministros de Carlos X fueron salvados; no se les impuso más que la muerte civil y una retencion perpétua que sufrieron en Ham, hasta que en 1836 una amnistia vino á abrir las puertas de su prision, siendo preciso reprimir una sublevacion causada por el descontento de los revolucionarios (22 de Diciembre).

Los primeros meses de 1831 presenciaron escenas aún más desagradables. Desde los acontecimientos de Julio, el clero no podia presentarse en las calles de Paris vestido con el traje eclesiástico; á todos los sacerdotes se hacia extensivo el odio que contra los jesuitas se habia inspirado al pueblo; en provincias, las cruces, que habian sido erigidas como recuerdo de las misiones, eran derribadas y á cada instante se temia una verdadera persecucion religiosa. Los revolucionarios de Paris no tardaron en encontrar un pretexto para ello. Como en la iglesia de Saint-Germain de Auxerre se celebraran el 14 de Febrero honras fúnebres en conmemoracion de la muerte del duque de Berry, el populacho, excitado por esta imprudente demostracion de los partidarios del reino legítimo, cayó sobre la iglesia, la cual profanó y asoló, y despues sobre el presbiterio que igualmente devastó, y al dia siguiente corrió al palacio episcopal, demoliéndole por completo, despues de haber sido presa del más escandaloso pillaje. Durante estas escenas, la autoridad no tomó ninguna medida saludable; el prefecto del Sena, M. Odilon-Barrot, no hizo nada, y la córte no vió en estos desórdenes mas que un medio de asustar al partido legitimista, haciéndole ver

cuán necesario le era aliarse al nuevo reinado y á los ciudadanos enemigos de todo desórden material que interrumpe los negocios. La opinion pública se indignó contra la inercia del gobierno; se la sacrificó el prefecto del Sena y el prefecto de policia: al mismo tiempo se detuvo á algunos legitimistas, y el venerable arzobispo de Paris, monseñor de Quelen, se vió precisado á ocultarse para evitar los insultos de la desbordada muchedumbre.

Las escenas de Paris, que se renovaron en Nimes, en Dijon, en Lille y en Arlés, excitaron un verdadero terror en las provincias; la gente honrada estaba asustada, y sólo los criminales podian andar con la cabeza levantada. En todas partes se encarnizaron contra los signos religiosos y contra todo lo que podia recordar la derribada monarquía; se derribaban las cruces, se insultaba á los sacerdotes; se hacia desaparecer las flores de lis de los monumentos públicos, y el mismo Luis Felipe se vió precisado á suprimir dichas flores en las armas de su casa.

Tiempo era ya de que el poder mostrara alguna energía; por doquiera reinaba la anarquía, y las clases populares, descontentas de lo que se hacia en el interior, no estaban más contentas con la política exterior. Luis Felipe acababa de rehusar la corona de Bélgica para su segundo hijo el duque de Nemours (17 de Febrero), por no querer intervenir, ni en favor de la Polonia insurreccionada, ni en favor de los revolucionarios italianos, á pesar de las instancias de Lafitte, que deseaba fomentar la revolucion por do quiera que se presentase. Lafitte fué sacrificado, y Casimiro Perier, á la sazón presidente de la Cámara de los diputados, fué encargado de formar un nuevo ministerio. Perier tomó por colegas al mariscal Soult, Guerra; Sebastiani, Negocios Extranjeros; el baron Louis, Hacienda; Barthe, Justicia; Montalivet, Instruccion pública y Cultos; de Argont, Comercio y Obras públicas; el almirante de Rigny, Marina. Soult se ocupó de organizar el ejército, saliendo airoso en su empresa. Perier se encargó de restablecer el órden; era hombre de una energía extraordinaria y de una audacia que raras veces va unida, como en él, á la moderacion. No estimaba á Luis Felipe, pero veia en el reinado su último baluarte

de la sociedad y estaba dispuesto á defenderle: declaró terminantemente que deseaba el órden legal en el interior, proclamó para el exterior el principio de la no intervencion, lo cual constituia un doble ataque á la revolucion universal.

Los demagogos no cedieron sin ensayar antes una resistencia desesperada. Mientras que algunas tentativas legitimistas agitaban al Mediodía, los obreros de Lyon, á quienes en 1830 se habia seducido con la promesa de doblar sus salarios, reconocieron que se les estaba engañando; se apoderaron de la ciudad despues de dos dias de combate (21 y 22 de Noviembre), tomando por divisa: *Vivir trabajando ó morir combatiendo*. Preciso es confesar que no cometieron otro desórden que la lucha. Algunos dias despues el mariscal Soult, ministro de la Guerra, acompañado del jóven duque de Orleans, hijo del rey, entró amenazador en Lyon á la cabeza de un numeroso ejército; los obreros no opusieron ninguna resistencia, se distribuyó socorros abundantes, los espíritus se calmaron y el órden material fué, sin ninguna otra represion, restablecido. Empero en otras partes estallaron nuevos tumultos, especialmente en Grenoble (Febrero de 1832), en donde la sangre corrió con abundancia. En Paris se descubrieron algunos complots; uno llamado de las *Torres de Nuestra Señora*, de escasa importancia; otro llamado de la *Calle de Prouvaires*, tramado por algunos legitimistas que se proponian apoderarse de la familia real en medio de un baile.

Casimiro Perier hacia frente al mismo tiempo á todos sus enemigos; reprimia los pronunciamientos y los complots, imponia su voluntad al rey y á las Cámaras, y hacia respetar á Francia en el exterior por la expedicion de Amberes, por la expedicion del Tajo y por la ocupacion de Ancona, de cuyos hechos nos ocuparemos despues. Sin embargo, algunas veces se vió precisado á ceder á las exigencias revolucionarias, y á pesar de su repugnancia tuvo que proponer una ley aboliendo la herencia de la pairia (15 de Octubre de 1831.) Bajo su ministerio fué tambien derogado el luto nacional del 21 de Enero (23 de Diciembre.)

En medio de todas estas dificultades y agitaciones de la Europa, un azote terrible atrave-

só el mundo. Una enfermedad nueva para Europa, pero que recordaba la *peste negra* de la edad media, había salido de la India en 1817. En un principio devastó las islas del mar de las Indias, después la Arabia y el Egipto; penetró en seguida en Rusia é invadió el Oriente de Europa en 1830, como si estuviera destinado á castigar los crímenes de las revoluciones. Se ensañó en Polonia durante la grande insurrección, y hacia más estragos que la guerra misma; cayó sobre Inglaterra á fines del año 1831, y el 22 de Marzo de 1832 hacia su aparición en París, desde donde se propagó por toda la Francia para visitar en los años siguientes á la España y á la Italia. Las víctimas fueron numerosas; en París, durante el mes de Abril, la mortandad fué terrible. Los más siniestros rumores circulaban por la población, y hubo serios tumultos y vergonzosas escenas; Casimiro Perier sucumbió á la enfermedad el 16 de Mayo. Empero el azote no pasó sin producir algun bien; el párroco de Saint-Germain de Auxerre, que no había podido presentarse en público desde la devastación de su iglesia, fué á sentarse á la cabecera de los moribundos, que le bendijeron; monseñor de Quelen reapareció también é hizo su entrada solemne en medio de su pueblo en las salas del hospital, que bullia en cólericos. Entonces hubo actos de sacrificio y de caridad dignos de admiración, y el clero, las religiosas y los médicos hicieron verdaderos prodigios. En esta calamidad comun los espíritus se confundieron, desaparecieron muchos odios y el clero católico reconquistó gloriosamente el terreno que en los últimos años había perdido.

Sin embargo, la sacudida causada por la revolución de Julio se comunicó de uno en otro á todos los países de Europa. La Bélgica, largo tiempo irritada contra la Holanda, que quería asimilársela destruyendo su lengua, su religión, su nacionalidad, estaba dispuesta: el 27 de Setiembre de 1830 estalló en Bruselas una insurrección formidable, que rápidamente se extendió por todo el país y los holandeses fueron rechazados de todas partes. Un gobierno provisional, formado bajo la presidencia de M. de Merode, proclamó la independencia de las provincias belgas. Dos grandes partidos dividían el país: el de los católicos que formaban la inmensa mayoría de los habitantes, y el

de los liberales, en minoría, pero que habían tomado una parte importante en la empresa de la independencia nacional. Los primeros rechazaban la república; muchos de los segundos la hubieran de buena gana aceptado; pero los principales jefes de los partidos, el barón de Gerlache y los señores Nothob, Lebeau, Rogier, etc., hicieron adoptar la monarquía constitucional, la libertad completa de cultos y de enseñanza, las franquicias comunales, etc., con dos Cámaras, un Senado y una Cámara de los representantes.

Cuando se trató de elegir un rey, cuatro candidatos llamaron principalmente la atención: M. de Merode, el príncipe de Orange, hijo del rey de Holanda, el duque de Leuchtemberg y el duque de Nemours. El primero, Félix de Merode, pertenecía á una de las más antiguas familias de Bélgica: si se le nombraba se temió reunir ménos fácilmente á los partidos que eligiendo un príncipe extranjero; y el generoso ciudadano sacrificó pronto por sí mismo la esperanza que podía tener de subir al trono. El príncipe de Orange fué rechazado á causa del odio que el pueblo había concebido por su familia. El duque de Leuchtemberg, hijo del príncipe Eugenio de Beauharnais, tenía muchos partidarios; pero Luis Felipe, que temía tener demasiado cerca de sí á un príncipe de la familia Bonaparte, inclinó hábilmente los ánimos hácia el duque de Nemours, su segundo hijo. El duque de Nemours fué efectivamente elegido rey; esto era todo lo que deseaba Luis Felipe, quien por otra parte no tenía intención de aceptar la corona para su hijo. No quería irritar á la Inglaterra, que hubiera visto con disgusto la extensión de la influencia francesa; rehusó, pues, y la elección de los belgas recayó sobre un príncipe alemán, el príncipe Leopoldo de Sajonia-Coburgo, que acababa de rehusar el trono de Grecia y que era viudo de la princesa Carlota, hija del rey Jorge IV de Inglaterra (4 de Junio de 1831). Leopoldo aceptó é hizo su entrada en Bruselas el 21 de Julio; al año siguiente (9 de Agosto de 1832) se casó con la princesa Luisa, hija de Luis Felipe.

Sin embargo, la independencia belga no estaba completamente asegurada, pues las tropas del rey de Holanda guardaban la ciudade-

la de Amberes con ánimo de mantenerse en ella. De acuerdo con Inglaterra se convino en que un ejército francés entrara en Bélgica al mismo tiempo que las flotas combinadas de Inglaterra y de Francia bloquearían las costas de Holanda. El mariscal Gerard se puso á la cabeza de las tropas de tierra; dos hijos del rey, los duques de Orleans y de Nemours formaban parte de la expedición. El sitio de Amberes empezó el 30 de Noviembre de 1832; de una y de otra parte se desplegó mucho valor y habilidad; pero la ciudadela tuvo que capitular después de veinticuatro días de trinchera (23 de Diciembre). Este glorioso hecho de armas honró al vencedor igualmente que al vencido; pero la Europa reconoció con espanto que los soldados de Francia eran los mismos, cualquiera que fuera el régimen que les gobernase. La toma de la ciudadela de Amberes aseguró la existencia del reino de Bélgica, viéndose precisada la Holanda á renunciar á someterle á pesar de que no quiso reconocerla hasta 1838.

La Polonia no tardó en seguir el ejemplo de Bélgica. El 29 de Noviembre de 1830 una insurrección nacional estalló en Varsovia. Los tratados de 1815 habían querido proteger la nacionalidad polaca asegurándola una Constitución especial y una especie de autonomía bajo el gobierno de los czares. El emperador Alejandro había hecho algo, pero no había podido contentar á los polacos. Nicolás parecía ménos favorablemente dispuesto; víctimas de una división inicua, los polacos se creyeron autorizados para aprovechar la primera ocasión favorable para reconquistar su independencia (27 de Noviembre de 1830). Se formó un gobierno nacional; los rusos, en un principio sorprendidos, volvieron con fuerzas considerables, y los prodigios de valor y de patriotismo de los Chlopicki, de los Czartoryski, de los Dembinski, de los Skrzynecki y de tantos otros no pudieron salvar á la infortunada Polonia. La división se introdujo entre los polacos, y les perdió una vez más; sangrientas batallas fueron libradas en Grochou (19 de Febrero de 1831), en Igonia (10 de Abril), en Ostrolenka (12 de Mayo); los rusos, ayudados por el cólera que diezaba al ejército polaco, consiguieron la victoria; la Prusia se declaró en favor de ellos, y el príncipe Paskewitch, aprovechándose de

las discordias que dividían á los polacos, avanzó hasta Varsovia. El 8 de Setiembre de 1831 los rusos entraron en la capital, y el general Sebastiani anunció esta noticia á la Cámara de los diputados pronunciando estas fúnebres palabras: *El orden reina en Varsovia*. La Francia había seguido la lucha con vivo interés; los republicanos, la juventud de las escuelas habían pedido que se marchara en socorro de la Polonia; pero para ello hubiera sido preciso afrontar una guerra general; Luis Felipe no se sintió bastante fuerte, y la Cámara aprobó su timorata política, si bien intercalando todos los años con habilidad una frase en favor de la nacionalidad polaca. El motín que había estallado en París cuando llegó la noticia de la toma de Varsovia (16 de Setiembre), fué reprimido por Casimiro Perier. El czar Nicolás restableció el orden en Polonia por medio del terror; un ukase ó decreto del 26 de Febrero de 1832 cambió la Constitución del reino, el cual fué declarado «parte integrante del imperio,» contrariando de esta suerte los tratados de 1815, y la Siberia se pobló de desterrados.

La Suiza, reconstituída en 1815, había recobrado cierta tranquilidad; pero convertida en refugio de los revolucionarios arrojados de Francia, Alemania y de Italia, entraron con ellas todas las ideas que agitaban la Europa. Dos partidos se disputaban la influencia: los radicales ó demócratas y la aristocracia. Los cantones primitivos, que continuaban siendo católicos, eran demócratas, si bien al mismo tiempo defendían la autonomía de los cantones; en los demás, los demócratas tendían á trasformar la Confederación en un Estado unitario, y todos los ambiciosos pertenecían á este partido porque en la unificación del país veían el medio de llegar á los grandes empleos que solamente en una vasta república pueden existir. La aristocracia se esforzaba por conservar el estado actual; pero tenía contra sí á los labriegos de los campos y á los obreros de las ciudades. La revolución de 1830 dió la victoria á los partidarios de las ideas democráticas. Algunos pronunciamientos estallaron en casi todos los cantones. Neufchatel quiso libertarse de la soberanía de Prusia, pero sucumbió en la empresa. En el cantón de Basilea la lucha fué tan viva, que solamente pudo concluir con una separa-